

SALVE, REGINA

Por TOMAS CARRASQUILLA

(La Revista se complace en insertar aquí una de las mejores obras del Maestro Carrasquilla. El mismo dijo alguna vez: "Nada de lo que escrito, fuera de «Salve Regina», me parece bueno". Su inveterada modestia juzgó equivocadamente el valor de su obra toda, pero para acatarla —y esto es también homenaje para su personalidad— seleccionamos como muestra de su prosa, el relato que él mismo calificó como predilecto).

Es en los Andes. El negro y atrevido contrafuerte, tajado en dos planos verticales, parece un libro abierto. En ambas páginas escribió Naturaleza, con signos de líquenes y jeroglíficos de cardos, una sentencia misteriosa. Cual si quisiese apuntarla en su sabiduría, puso allí por registro un torzal deslumbrante de plata y de armiño. Resplandece y se magnifica en su pureza; asoma apretado y se encarruja; se afloja en seguida como una madeja; se desmelenan por último, lacio y deshecho, para perderse en la espesura. A medida que desciende por las nebruras del basalto parece entristecerse.

La Blanca llamaron a esta caída de agua; **La Blanca**, al arroyuelo que, engrosado por diversos manantiales corre y ondea a lo largo de un reducido valle.

Arrullada por sus rumores, en un rincón ameno y declinado, medio escondida entre plataneras y guaduales, ajena a las agitaciones del mundo, duerme, años hace, **Santa María de la Blanca**.

Arropa sus vegas y laderas, sus pendientes y colinas, el manto opulento de la feracidad; costelan las vacadas sus apasibles praderías; sus jardines, en perpetua florecencia, semejan mantones de Manila. En aquel clima no se inflama el aire en el verano ni se congela en el invierno, como en los tiempos de Rioja y de Garcilaso; vive allí **El Blando Céforo**, con la mayor frescura. Y tal, que la sangre circula con el ritmo de la salud, y los pulmones se ensanchan con ese oxígeno edénico. Colóranse como duraznos las mejillas de las chicas; las cejas y los cabellos parecen a toda hora como ungidos con brillantina; los

ojos, rasgados y profundos, se abren al sol de la juventud, cual si quisieran beberse el infinito. ¡Pobres ojos!

Los más bellos, los más soñadores y misteriosos, eran los de Regina.

Pardos, cuando la sorpresa la obligaba a divulgarlos en su espléndida realidad, parecían negros, normalmente, bajo la proyección de esas pestañas largas y combadas. Hablaban tales cosas esos ojos que, cuanto algún mozo se percibía de ello, corríanle por las vértebras fríos y calores. Bajos ante los extraños, alzábalos a solas siempre que pudiera contemplar el cielo y los horizontes de su pueblo, único mundo que conocía.

Una mañana radiante de varano, con esa actitud del que mira a lo lejos, admiraba desde los corredores de su casa el salto de **La Blanca**. Jamás lo había visto tan hermoso: le parecía en tal momento más argentino e inmaculado. No se saciaba de mirarlo, y, a medida que lo contemplaban, sus ojos iban como recitando un poema de melancolía y de humildad. La cascada era su vicio, y, por lo mismo que le inspiraba ideas tristes y extrañas, no se enmendaba. Siempre había de mirarla todas las mañanas, y, cuando la niebla la velaba, Regina sentía nostalgia de blancura y de belleza. A veces rezaba contemplándola, y se le figuraba que eran sus preces más fervientes ante esa obra de la Naturaleza que en la misma iglesia, en medio de las solemnidades del culto. Como alguna vez le llevara al cura este horrible pecado de idolatría, riósele él de todo corazón y la autorizó para que lo cometiese cuando y como quisiera. Pues qué, ¿no publicaba esa maravilla la grandeza del Criador? ¡Verdad! Como ella era tan tonta, no había pensado en eso, y Regina, con tal permiso y enseñanza, rezó y rezó viendo **La Blanca**, como ante la imagen de un santo predilecto. Jamás reveló el caso por no parecer fantástica o algo así.

No rezaba, sin embargo, ante la cascada en la mañana aquella; vacilaba muy hondo. A su modo, y no por vez primera, ciertamente, iba estableciendo un paralelo entre el chorro y el alma de su novio. Se parecían mucho: el alma de Marcial —bien lo sabía ella, que lo amaba desde niño— era en otro tiempo tan limpia y tan hermosa como esas aguas despeñadas; luego, al contacto de la tierra, una y otras habíanse enturbiado. ¡Qué tristeza! Y así como ella, por un capricho inexplicable, prefería para el baño las linfas impuras de **La Blanca** a los varios cristalinos arroyuelos del pueblo, así su corazón, obcecado por un amor irresistible, dábale preferencia al ser vil, maculado por la culpa, sobre dos hombres dignos, cabales, de ejemplar conducta, que la amaban a cual más y la solicitaban por esposa. ¡Ay! ¡Qué horrible era la vida! Y ella... ¡cuán mala y depravada! Porque lejos de desprenderse del menguado, que sólo desprecio merecía, sentíase más y más atraída y avasallada. ¡Qué vileza! ¡Y cuán tristemente se llevaba ella por delante el precepto de santa obediencia! Bien explícito había sido el señor Cura a este respecto: que siguiese los consejos y amonestaciones de sus padres. ¡Sus padres...! Harto sabía ella cuánto detestaban a Marcial. ¡Pobrecito!

De las maldades de su amado, aunque nunca quiso saberlas a ciencia cierta y concretarlas de una manera determinada, ya no podía

quedarle la menor duda. Si al principio no daba ascenso a las insinuaciones de su madre ni a las reticencias harto elocuentes de alguna amiga oficiosa, ya la verdad, la horrible verdad, se le imponía, acerba e insistente, como un dolor que no admitía alivio. Hasta las inocentes la sabían.

La triste Regina se dio a recomponer aquí por la centésima vez, una escena de algunos meses antes, cuyo recuerdo la acosaba, más vivo y más violento mientras más pretendía desecharlo. ¡Qué instante aquel, el más amargo de su vida!

Era sábado, día de asueto y consagrado por ella al ornato de la iglesia. Se hallaba en la huerta de su casa cortando flores que iba recogiendo en una cesta. Detrás de los arbustos florecidos y de los rosales multicolores, extendíase, como la línea divisoria del platanar, una hilera entrelazada de guayabos, naranjos y duraznos. Bandada maleante de toches y azulejos, abonados a los frutales, picaban aquí y allá entre hipidos y algarabías, mientras los chicos de la casa, con otros de la calle, armados de cerbatanas, acechaban, cañón en boca, a los pícaros merodeadores. Dos de los Nemrodes, fatigados acaso de la faena, conversaban tras los rosales, sin pensar que Regina les oía. Hablaban del colegio y de algún discípulo **non sancto**.

—A ese pobre —decía uno de los interlocutores— lo acabó de matar la compañía con **Amito**. **Amito** era en el colegio el maestro de todas las maldades. Se salió porque lo iban a expulsar; pero quedaron muchos **Amitos** aprendidos.

—¡Ese **vagamundo!** —repuso el otro—. Ya ves lo que está haciendo en la finca.

Amito no era otro que **Marcial Rodríguez**, el novio adorado. ¡Qué angustia! Iba a saber por la boca de un niño quién sabe qué horrible revelación.

—¡**Lorenzo!** ¡**Lorencito!** —gritó Regina con su voz de plata, más timbrada aún por la emoción.

—¿Qué es, señora? —contestaron de adentro.

—¡Venga, venga en un momento!

Apenas asomó el chico por entre los rosales, agregó ella:

—Vea: súbase al ciprés y cójame unos ramos de **Bellísima**.

Habían plantado la galana trepadora al pie del árbol funerario, y ella, como la alegre careta de sociedad que encubre los dolores íntimos de un alma, envolvía en crespas guirnaldas de follaje, en profusión de flores purpurinas, en la gentileza de sus tallos retorcidos y tembladores, a ese fantasma verdinegro de los cementerios.

Así atajó la joven aquel peso que se le venía encima. Con su carga de flores en el regazo, en la beldad gloriosa de sus diecisiete años, parecía, ¡oh engañosas apariencias!, el genio dispensador de las venturas.

¡Conque el maestro de todas las maldades! ¡Ah! Si todas las espinas del rosal se le hubieran hincado en el corazón, no lo tuviera tan herido y lacerado. ¿Y qué sería lo que estaba haciendo en la finca, en esa **Remanga** tan escondida y silenciosa? Una curiosidad insana la escocía. Pero no: ella no debía saber de ningún modo lo que **Marcial** hiciera o deshiciera en el retiro de la hacienda, ni en parte algu-

na. Por sobre esta curiosidad loca, por sobre esta perversión de sus sentimientos, estaban la limpieza y el perfume de su alma. Bien comprendía ella, en su ignorancia de la vida, que el sólo conocimiento de esas faltas le enfermaría el espíritu, como al cuerpo las fétidas emanaciones de una charca.

Sumergida en tan negros pensamientos, hallábase instantes después en la iglesia. Por más hábil y artista que sus compañeras, le correspondía de hecho el arreglo y la disposición de flores; y más de un copo de rosas o de azucenas, al ser colocado en los jarrones, recibió ese sábado memorable el riego de sus lágrimas.

Terminada la faena, quedóse sola en el silencio augusto de aquella iglesia virginal que convidaba a la oración. Necesitaba implorar el auxilio de María. En la más excelsa de las advocaciones, la Concepción Inmaculada, venerábanla en la iglesia, como patrona del lugar. Ante la imagen fundadora, ante esa imagen de todos tan querida, vinculada al vecindario entero, vista siempre por el vidrio de la fe, había sentido Regina, desde niña, inspiraciones de virtud y anhelos de pureza. ¿Quién sino ella podía valerle ahora en su quebranto? Apenas sola, tiró de la cuerda, arrollóse el velo del camarín, y la quieta escultura, nimbada de oro, apareció en su escabel de plata, sobre el fondo de nubes y de azul.

Postrada de hinojos, entre lágrimas y suspiros, con fórmulas truncas y jaculatorias improvisadas, pidió y pidió a su Virgen predilecta. Y, pues era el refugio de los pecadores, acogiese bajo su manto al extraviado y se lo volviese digno y merecedor de una mujer pura; o, de no, que arrancase de un corazón, hasta entonces limpio, eso que iría a mancharlo irremisiblemente.

No importaba que, con la raíz, se fuese hasta la vida, esta vida de aquí abajo, tan triste y miserable.

Al llegar a casa, sintió la joven una tristeza dulce y saludable que le infundía valor y serenidad.

Por la noche había salve; que pocos sábados dejaba de honrar a la patrona el padre Salamanca. Regina, acompañada de Laura y de sus otros hermanos pequeños, entró a la iglesia al principiar la ceremonia. Marcial estaba junto a la puerta del perdón. ¿No era esto indicio claro, palmario, de que la Virgen principiaba? Arrodillóse, poseída de un fervor extraño, que nunca había sentido.

Aquel coro, aquel armónium, risibles desde luego, ante el arte divino de Palestrina, iban siendo para la joven lugareña melodías de una Italia celestial. ¿Qué le decían? ¿Qué fórmula nueva de la vida le revelaban?

Salve, Regina.

Mater misericordiae.

¿Por qué se extremecía de aquel modo? ¿Era alegría? ¿Era tristeza? Alegría, tristeza o lo que fuese, eso era algo muy grande, muy poderoso, que no venía de la tierra. ¿Por qué no había de ser María que hablaba a su alma? Le entendía, le entendía perfectamente. Sí, con la voz misma con que el pueblo de **La Blanca** la saludaba, le decía a ella, a la pobre Regina: “¡Espera en mí, espera!”

Una ola de enternecimiento subióle del corazón. Alzó a mirar a la Virgen; y el escabel y la corona, y los candeleros y las luces, irradiaron deslumbrantes, al través de sus lágrimas, cual si fueran la confirmación gloriosa de lo que sentía en tal momento.

—¿Por qué lloras, Regineta? —le dice recio el hermanito menor, que estaba arrodillado junto a ella—. ¡Decime!

—¡Chito! No se habla en la iglesia.

—¡Yo sé! —responde el chicuelo a media voz—. Es por **Amito**. Míralo allá abajo. Ta parao junto con Fraciquí. T'estatisbando hace ratísimo.

—¡Cállese, Jorgito, y rece.

El rosario y las letanías fueron para ella un instante no más de arrobamiento y de dulzuras. Creyó, como todos, que la función iría a terminarse; mas, contra la costumbre, vióse aparecer en el púlpito la facha procerosa del Padre Salamanca, en actitud extraña y expectante.

Era cardíaco, y en aquel momento lo poseía un arrechucho negro y pesimista. El, que podía hacerse oír entre el fragor de un combate, principió con voz apenas perceptible. Había callado mucho, mucho tiempo, por no escandalizar a sus feligreses; pero ya su silencio era un delito (aquí cesó el embargo de la voz y principió a tronar). **Santa María de la Blanca** era la nueva Babilonia; el valle, otro Pentápolis. Esa comarca, consagrada a la Virgen sin mancilla; ese valle, donde Ella derramaba a manos llenas todas las bendiciones, era ahora teatro nefando de los crímenes más abominables. El castigo de Dios vendría y... ¡ay de los culpables!

Jamás se había oído en el pueblo tan espantosa acusación. Regina quedó como aplanada. ¡Qué momento aquél! De recordarlo solamente sentía frío en el corazón.

De todo esto hacía ocho meses más o menos, y en tanto tiempo había cumplido la consigna que a sí misma se impuso desde aquella noche: no mirar a Marcial ni al soslayo, y huírle de todos modos. El novio, por su parte, reclamó por cuantos medios estuvieron a su alcance; pero en vano. Las razones y querellas, por conducto de amigas o de criadas, fueron desoídas; dos cartas fueron devueltas sin abrir; una tercera, echada por la ventana y recogida por Regina misma, fue al fogón, por mandato de la madre.

La joven, que nunca había sido andariega, ni ventanera, según la usanza de las poblaciones pequeñas, habíase recluso últimamente en su casa, yendo sólo a la iglesia, al colegio en las horas de clase, y a tal cual caminata o baño, en compañía de su hermana o de su madre.

Parte de estos sucesos, con los mil perfiles y retoques de recuerdo, le sugerían a Regina, la mañana en referencia, pensamientos dolorosos e intensos.

¡Qué vida más triste y más extraña la suya! La Virgen no quería oírla; Marcial seguía lo mismo, si no peor. Palabras sueltas, ya de su madre, ya del señor cura; ademanes sorprendidos en unos y o-

tros; la insistencia misma de Marcial de no vivir en el pueblo; todo, bien claro lo decían. Y cuanto a ella... ¡ay! si antes le quería, ahora le adoraba.

Como sintiese los ojos inundados, corrió a la pieza de baño y anduvo en el cuarto como si aún no hubiese terminado el aseo y arreglo de su persona.

Doña Antonia trasegaba en las vueltas matinales de la casa; Laura, pensando acaso en el marido ausente, respuntaba la pechera de una camisa, sentada en un ángulo del corredor; sus dos chicos, montados en palos, les abrían la carrera del patio a la redonda; **Gabaceto**, en el lugar más soleado, indiferente a la corrida, lustraba su piel nevada, con la voluptuosidad de un Petronio; **Sapito**, tirada en el suelo, con la camisa anudada a la espalda y al grito seguido de ¡**Tata!** ¡**Tata!** pretendía, a fuerza de babas y de moquilla, meterle el diente a una toronja, tan grande y tan pelada como su cabeza.

Era un caserón de pueblo, de buen servicio y mejores comodidades. Se notaba en todo extremada limpieza, mucho orden, muchísima abundancia, y esa amplitud, esa facilidad de los hogares sencillos, donde no hay aparatos que estorben, ni lujos que empalaguen.

Doña Antonia, terminadas sus andanzas, tomó costura y vino a sentarse junto a **Sapito**, haciéndole muchas fiestas por los hociqueos y las pretenciones.

—¿Ya se fue Regina? —le pregunta a Laura, no bien hubo enhebrado la aguja—.

—No ha salido todavía —contestó la hija mayor, suspendiendo el pespunte—. Está en el cuarto. Hoy como que ha amanecido con la tristeza enconada.

—¡Pobre hija! —exclama la madre, llamando en seguida: ¡Regina!

—¡Señora! —contestan de adentro.

—¿No piensa ir hoy a la clase? Van a dar las ocho y ya pasó dola doña Antonia con el disimulo de las madres la encontraba pá-

—Voy en el momento, señora: me estoy acabando de vestir.

A poco salía la joven con sus libros y cuadernos. Examinándola doña Antonia con el disimulo de las madres. La encontraba pálida y ojerosa.

Parecía más bella y femenina en su misma sencillez: el peinado a lo Margarita, traje de percal blanco con lunares negros, un pañolón oscuro de abrigo y botas primorosas de satín. Ni aun para las grandes ocasiones y solemnidades se preocupó de telas, modas ni prendidos. Como no se tratara del calzado, todo estaba bien, desde que fuera pulcro y de limpieza intachable.

—¡Está verde y consumida —murmuró la madre, no bien Regina hubo salido—. Parece una asombrada. Ni come, ni duerme; no tiene más vida que estudiar y vivir en la iglesia, como si fuera una vieja. ¡Le aseguro que el perdido aquél me la tiene enyerbada! Bien dicen que no hay pícaro sin fortuna.

—Mamá —dice Laura en tono sumiso de insinuación—, que le parece que usted y mi papá tienen que ceder tarde o temprano: Regina no puede querer sino a Marcial.

—¡Qué me lo tienes que decir! —replica doña Antonia, asegu­rándose los anteojos—. Las mujeres somos fatales cuando se nos mete un caimán en el corazón. Ya ves: al tanto habrá criatura más obediente, más sumisa y más buena que esta niña, ¡porque es un ángel!, como dice el señor cura; ya ves qué laya de novios le han salido... y mírala perdida por este estragado, tan feo y tan antipático.

—Por eso decía... —murmura Laura.

—¡Pero, niña, por Dios! —ataja la madre—, ¿cómo vamos a ceder? ¡De pecado mortal no rebajaría! ¡Pobre mi palomita en garras de ese gavilán! ¡Yo no sé qué hagamos! Me mantiene este enredo tan ofuscada y tan triste... Así se lo escribí a Guillermo; si no viene pronto y se la lleva a Medellín, a un colegio, voy a coger el monte.

—Ella me leyó la última carta que le escribió a mi papá: le dice que se va muy contenta a estudiar, que hará todo lo que ustedes quieran.

—Ella sí, la pobre. No digo yo a Medellín, a un destierro se iría, por complacernos. Si en ella estuviera, ya habría olvidado al tal Marcial. ¡Pero imposible! Es un amor que le puede: desde niña lo ha querido, y toda su vida ha sido él perverso y de mala ley.

—Talvez no será tanto, mamá. Es que usted le tiene mucha prevención. ¡Qué sabemos! ¿Por qué no ha de componerse? Muchos han sido malos y han acabado en santos.

—¡Válgame Dios, niña! —exclama la madre, con asomos de impaciencia—. ¡Parece que no supiera de la misa la media! Bien puede parar en santo el tal **Amito**; pero, para lavar las que está haciendo y probar la enmienda, ¿se figura usted que bastan quince días o un mes...? Vea, Laura: si ese hombre ha de probar, antes de casarse, que es decente y caballero, tiene que ir de bordón a la iglesia.

—Pero, entonces, ¿qué hacemos?

—Según usted, ceder. ¡Es pilao! —repone la madre, con irónica serenidad—. Llamamos al hombre y le rogamos que se lleve a la muchacha, porque me figuro que él no ha de tener cara de pedirla, después de las que ha hecho, y sabiendo que ella está furiosa. Por lo que es Regina... ¡Piss...!, la casamos por la fuerza; porque ella, que se estima en algo, no lo hará nunca voluntariamente. ¡Vea qué tan fácil! Usted que está tan interesada por el novio, puede encargarse del arreglo.

—¡No se enoje, madrecita —dice Laura muy confundida—. He dicho una bobada muy grande. ¡Es que no puedo conformarme con ver a Regina así...! ¡Si ella olvidara a ese hombre...!

—¡No lo piense! Esto es enfermedad incurable, como el cáncer... ¡Así lo querrá Dios! Ya ves cuánto hemos pedido por esta necesidad y nada hemos conseguido.

—¡Mamá! —prorrumpe Laura, acometida de repentina inspiración—. ¡El **Dotorcito** lo alcanza todo!

—¡Válgame...! Desde que vino está en la cosa; todos los días pide en la misa por la cura de **El Dolatro**. Y si en siete meses nada ha alcanzado este santo, ¿qué hemos de alcanzar nosotras?

—Tengamos fe, mamá. Es imposible que, viviendo en la misma casa con este santico, no consigamos nada. ¡Y con todo lo que él

quiere a Regina...! Yo sí creo que **El Dotorcito** le quita esto. ¡Hasta milagros, como los de cualquier santo puede hacer él!

—Pues éste sí no se cuaja hasta ahora.

Una catástrofe inesperada cortó la conversación: **Sapito** derribada por los corceles.

A las diez volvió Regina del colegio, más animada y menos pálida.

Sólo a clases asistía, pues el Padre Salamanca, inspector nato del colegio, habíala eximido de las demás obligaciones reglamentarias, al ver cuánto la mareaba el mariposeo y la chillería de tanta loquilla. Regina honraba el privilegio estudiando en casa cuanto le era posible. Al imponerse ella misma la obligación de olvidar al hombre indigno, comprendió, por propia experiencia, que la ociosidad mental era su propio enemigo.

De aquí el que prefiriese entonces los estudios y trabajos intelectuales a cualquiera otra ocupación mecánica, si bien es cierto que las más de las veces, lejos de encadenar el pensamiento en las abstracciones del saber, se le escapaba en agitada fuga, tras el fantasma terrible de Marcial Rodríguez.

Y no eran estas fugas las que más la amilanaban: era el sentir allá en el fondo de su ser que, mientras más temía y execraba a ese hombre, más amor le inspiraba, cual si el fango y las maldades de Marcial fuesen para su corazón sin mancha, fascinación irresistible de un poder misterioso. En sus horas de angustia y desaliento lloraba a escondidas; pero, alma batalladora que aspiraba al triunfo, volvía al estudio, aunque fuese como un autómatas.

A bien que podía hacerlo materialmente: árbitro de sus acciones era en casa; no tenía fuera de ella, ni en el colegio mismo, séquito o compañía que se lo impidiese. Ni antes, ni menos entonces, era ella para muchos engranajes y conexiones con sus conferráneas. Delicada y exquisita por temperamento, no podía vibrar demasiado en aquel ambiente lugareño donde corrían siempre huracanes de chismes y de murmuraciones.

Por su actitud correcta, por su misma indulgencia y natural distinción, y aun por su belleza y simpatía, era fastidiosa a sus discípulas y conocidas: que nada irrita tanto a los pequeños como la presencia inmediata de la superioridad.

Una cosa no le perdonaban a Regina las ínclitas de **La Blanca**: el que tratase de igual modo a las **doñas** que a las **ñaes**, a los ricos que a los pobres. La joven, por su parte, jamás se le ocurrió pensar que ella y las gentes buenas de su pueblo estuvieran o no a un mismo nivel, ni que fuera superior o inferior a nadie. Su relativo aislamiento atribuíalo a la dirección de doña Antonia, poco amiga de intimar con nadie, y a los pesares de su alma que la impulsaban a la soledad. Nunca supo que tuviera malquerientes; era demasiado bondadosa, demasiado joven, para que la envidia ajena la ilustrase.

Tan conocidas eran sus tendencias e inclinaciones que, a pesar de ser granada entre las granadas, jamás contaron con ella para paseos ni entretenimientos, ni aun para esos torneones indumentales de lujos a la moda, tan frecuentes en nuestros pueblos montañeses.

Habíalos en **La Blanca** a cada triquitraque, y tales, que a las señoras hembras se les iba la cabeza y se les envenenaba el corazón.

Sus gustos y distracciones eran para sus condiscípulas alardes de excentricidad o puerilidades de un bobo muy subido. Si les cabía que le disgustasen los regocijos estruendosos, no concebían cómo una colegiala, harta de estudios, se anduviese por ahí, libro en mano, orillas de la quebrada o en el monte mismo, sin más compañía y aliciente que sus hermanos pequeños. Tampoco concebían que una joven tan pretendida pasase el domingo en la iglesia enseñando la doctrina a los niños del campo, sin pensar siquiera en los devaneos del mercado ni en el delicioso apunte de la cantarilla. Mucho menos podía entrarles el que se fuera tardes enteras a las chozas de los mendigos y que entrase con ellos en largas pláticas y parlamentos.

Con tal carácter, y siendo ella de lo mejor en familia y en riqueza, y la beldad indiscutible de **La Blanca**, claro está que la tenían generalmente por muy remilgada, orgullosa y desvanecida.

Cuánto se hubieran reído y maravillado de las interioridades de este ser tan extraño a su medio.

Apenas fue mujercita principiaron las batallas. Mal podía avenirse su criterio de conciencia, recto y ajustado, con su imaginación calenturienta, exaltada por lecturas de la Historia bíblica y de las vidas de los santos. No armonizaban, tampoco, su malicia en la especulación y su inocencia en la práctica. Su inteligencia precoz y atrevida, tanto más volandera cuanto no la contenía lastre alguno de conocimientos serios, iba adquiriendo en el retiro de sus soledades una intensidad profunda y enfermiza. Su amor contrariado y oprimido y los conflictos que le ocasionaban, eran, desde luego, la base capital de las infantiles filosofías. La pobre criatura hacía a sí misma la exégesis de la vida.

Era el eterno caso de los infusorios de Bartrina: deducía el universo moral por una gota, la gota amarga de su vida. Mas, como quiera que esta gota fuese de lágrimas, y son siempre las lágrimas el lente por excelencia, Regina no andaba muy despistada que se diga.

Enredada en una maraña de contradicciones y de "malos pensamientos" —que decía ella— pasaba horas y horas, para venir a sacar, al fin y al cabo, las mismas pecaminosas conclusiones, que luego no podía formular en el confesionario. Es a saber: la vida sólo era posible en la niñez, que era como un llano barrido y sombreado. De allí adelante se volvía un despeñadero de fango, fétido y negro. Asomaban por ahí puntas de piedra, pequeñas y apartadas. Los buenos se sostenían en las piedras, los malos se caían; pero, con el lodo que levantaban, de tanto caer y chapuzar, los buenos también se iban poniendo sucios y repugnantes. Lo decía por ella, a quien salpicaba Marcial; por su familia, a quien salpicaba ella; y por éste y por aquél.

La vida, en fin, era un camino oscuro que la aterraba.

Por atender a los ruegos de doña Antonia, pudo tomar alguna cosa a la hora del almuerzo. Rogóle, asimismo, la señora, descan-

sase de los estudios sijuiera el resto de ese día. ¡Cómo no! Sacó, entonces, la obra de manos que trabajaba de tiempo atrás, en sus momentos de ocio, y que había abandonado últimamente. Era una bufanda de lana (moda muy de rigor en esos tiempos), con que pensaba obsequiar a don Guillermo en la próxima venida.

Sentada en un ángulo del corredor, frente a Laura, que cosía en el opuesto, entregóse al tejer acompasado de los dos agujones de madera, y al ir y venir de ella a Marcial y de Marcial a ella. ¡Qué labor más silenciosa en su misma rapidez...! ¡Con qué tristeza tan significativa se matizaban lo blanco y lo negro! ¡Ah, las dos almas tan opuestas y a la vez tan inseparables! ¡Siempre esas dos almas!

Gabaceto corrió a su lado, y, jugando con los ovillos del tejido, que tan pronto cogía como largaba con las manoplas de algodón, pudo distraerla un instante de la interior faena, no tanto por admirar la gentileza del retozo, cuanto por buscarle el simbolismo del caso. ¡Ah! ¡Si el destino fuera tan amable como **Gabaceto**!

Tras el gato, fuéronse a ella los dos chiquillos de Laura. Pidieronle cuentos a esa tía joven y hermosa, que tántos y tan divertidos les narraba; pero ella no quiso complacerlos esta vez y los mandó a **Mamá Toña**, para que le enviase un poquito de **teneteallá**.

Sin los bulliciosos importunos hundióse de nuevo en el golfo negro de sus meditaciones. Laura la miraba de reajo, comprendiéndole la procesión que por dentro le andaba.

Trató de halagarla encareciéndole el primor y adelanto de la bufanda y el gusto que habría de tener papá, al recibir y usar esa prenda trabajada con tanto cariño y arte tan supremo. Hablóle, luego, del viaje a Medellín; del colegio de las Quijanos; de lo mucho que iría a adelantar; de las amigas tan simpáticas que desde luego encontraría. Movióle, en fin, todos los resortes... y en vano: Regina sólo asentía con monosílabos y con esa sonrisa suya tan dulce y melancólica; esa sonrisa que dejaba entrever unos dientes azulados, a fuerza de blanqueadura.

Desde la reja del comedor, donde a la sazón trasteaba, examinábala doña Antonia. Nada tranquilizadora que le parecía esa cara. —¡Pobre mi hija! —se dijo la señora—, no puede, por más que brega! ¡Se la come el gusano! Volvió a las hijas y a la costura y entonaron las tres el concertante del silencio: Marcial esto, Marcial aquello, Marcial lo otro.

Y parecía aquella casa el remanso de los espíritus y el cielo sin nubes de los corazones. ¡Así son las cosas! En aquel patio, florido y cultivado, tan limpio y tan extenso, de paredes tan blancas y acicaladas, sentíase a tales horas un reposo conventual digno de un Bruno. Un venticillo cariñoso, con alas de colibrí, traía desde las próximas laderas átomos de salvia y de tomillo. Por el corredor soleado colgaba un jazmín su cortinaje oscuro, bordado de luceros. Una muchedumbre de pensamientos, con caritas expresivas e irónicas, vueltas a un mismo lado, presenciaban, abajo, el espectáculo de las eras. ¡Qué mundo! ¡Cómo extiende la reseda sus blancos edredones, para que se desmayen los claveles y se mueran de amor las **albarinas**! Cuál le cuesta al ababol erguir esa cabeza coronada de sueños, para que, una vez alta,

la piquen bichos babosos y la deshoje un soplo. Déjalos, ababol; el opio que tú encierras no te lo quitarán.

Oíanse adentro los desórdenes de Céfiro entre los plataneros; el método del chorro entre la alberca; alegre comadreo de gallinas y la epopeya de la piedra al triturar el grano. ¡Salve, oh molienda!

A todas estas, continuaba el concertante. Tanta música no podía ser durable. Llegó Jorge de la calle, con su cara requemada, sus ojones de abencerraje y con su diablo adentro más avisgado que de ordinario.

—¡Hole, Regineta! —chilló el troglodita, en cuanto la vio tejiendo—; hoy sí me prestás los chuzos, ¿no es cierto? ¡No te los daño!

—¿Para qué?

—¡Eh! ¡Pues pa bueno ..! Préstamelos un momentico, que allí en la gateza está el sapo muy toriao.

(Sofión de doña Antonia: ¡no le faltaba más al mataperros!)

—¡Bueno pues! Antós me tenés que encomenzar mañana mi gufanda. Yo la quiero colorada y con pelotas, como la di **Amito**. Me le ponés en las puntas di a tres gusanos bien grandotes. ¡Ya sabés!

—¡Pedí por esa boca, grandísimo sinvergüenza! Buena está doña Antonia para bufandas a lo **Amito**.

En esas y las otras, y la toma del chocolate, y no sé qué razones al padre Salamanca, se descuidó Regina, tiró el diablo de la manta y... ¡Ahisós!

¡Qué sapo ni qué nada! Al ver aquello que se desbarataba tan bonito, al coger esa hebra mágica que brotaba y crecía en un momento y se volvía un enredo, sintió Jorge Duarte el vértigo de la demolición. Si no es porque Laura cae en la cuenta... ¡adiós bufanda de don Guillermo!

¡El malvado! ¡El horrible! Pero ¿por qué no lo mataba Regina de una vez? Pero Regineta no: ahí se quedó con su misma cara y su misma sonrisa. Mas no quedará indulta: ahí viene doña Antonia con el pellizco armado.

Como la tregua en los estudios comprendía la noche, instáronle a Regina para que se recogiese temprano y procurase dormir. Accedió a todo con su genial complacencia, metiéndose en la cama a eso de las ocho; pero, en cuanto a dormir... no estaba en ella. Aparentó el sueño, eso sí, por dar gusto a su madre y hermana, por hundirse mejor en la obsesión aquella.

En altas horas, cuando en las alcobas se oían las respiraciones rítmicas del sueño, la joven imprecaba.

—¡Quítame esto, Dios mío! ¡Ya quiero ser buena! —pedía ella de rodillas en el lecho, echada hacia atrás, las manos cruzadas como una Magdalena.

¡Valiente cosa! Parecen locas aquellas campanas lanzadas a vuelo. El pueblo todo está en rebullicio. El trueno sordo de la tamborá, el estridor de los platillos, los clarinetes, los cobres, la banda, la gente, el pueblo, todo... toca y siente aquellas vueltas incomparables; aquellas vueltas que se bailan solas. Parece que el aire se estremece

de alegría. Ese motivo, medio alegre, medio triste, monótono, sencillo, parece que expresara el sentimiento popular, el alma del montañés.

¡Hole, gallinacito, vení, vení!

¡Si hasta la mañana misma lo canta y lo repite!

Los cohetes, unos cohetes humosos, bobos, con nostalgia de oscuridad, estallan de seguido. La gente corre, pregunta, indaga. Que ya viene, que ya viene por la calle real.

Ya entra. Ya entra a Roma el César triunfador. El **Dotorcito**. Es el primero en el desfile: viene a pie, despeado, cojíncojeando. No reza: el llanto se lo impide. Tras él, en sus andas, viene el Señor Caído: pequeñito, llagado, lastimoso. Brillanle al sol las potencias y los ojos de esmalte. De la columna del pretorio cuelga como un trofeo la imagen de San José. Frente a Jesús van las ofrendas. En una gran mochila está la moneda de plata y la heráldica de todas las naciones. Las morrocotas y los condores, ¡oh edad dichosa!, procrean en una jofaina una multitud de chelines. Fulguran las joyas en una tazuela de la misma plata: las guacamayas amarillas, que aún no ha traducido Valencia; los zarcillos de pensamientos, unos pensamientos sublimes, radiantes como los de un hortera enriquecido; cadenas capaces de enlazar el corazón más cerrero. Siguen las gallinas, en sartas, congestionadas, casi muertas las pobrecitas; tres piscas medio dormidas, en brazos de sus respectivos cristianos; un gusano muy furioso; y la mar de pollos, ensartados también. Viene luego la ofrenda del labrador: cargas de maíz y de frijol, árguenas repletas de cuanto Dios ha creado, racimos, gajos, todo eso que ahora no tenemos. ¡Atrás!, que viene la grande, la ensoñadora ofrenda: el ganado, tres príncipes del ható y seis princesas. Los sigue la gente de Epicurio. Siete por todos. Hasta el gran filósofo en persona será aquel adiposo que viene tan cansado.

Todo aquello, arreglado y dispuesto por don Hermógenes, tiene el aparato de la exhibición y el deslumbramiento del triunfo. El pueblo se pasma. ¡Con **El Dotorcito** no hay qué hacer! Si en esta vez no termina la capilla, será que no la quiere San José.

Repartidas y guardadas convenientemente las ofrendas, entran a la iglesia al hacimiento de gracias. El Señor Caído y **El Dotorcito** salieron, luego, para la casa de don Guillermo.

—¡Ay, mi señá Antonia! —exclamó, y no pudo seguir porque la emoción le embargaba. Para expresarla le faltaban lágrimas, este don que en él parecía inagotable. ¡Cómo no dejarlas correr a caudales! En **San Javier**, en **Dolores**, en **Santa Pelagia**, en las otras aldeas limítrofes, existía el Cristianismo, como en los tiempos primitivos. ¡Bendito fuera Dios, bendita la Santísima Virgen y bendito “mi padre San José”.

No mentía el seráfico sacerdote. Al ruego de sus lágrimas se ablandaban corazones; su vocecilla, compungida y entrecortada por el llanto, resonaba en el alma del campesino, como el mandato expreso de Dios mismo. Pedía, y los más apegados al bien percedero se desprendían de todo; lloraba, y por la multitud corría el llanto. Para el pueblo era un santo, un elegido, un profeta.

Andaba a pie por todas partes, rezando siempre, seguido de ferviente muchedumbre; cuatro hombres cargaban a su lado la imagen

del Señor Caído; en nombre de Jesús pedía; por la sangre preciosa sollozaba, y sobre la imagen llovían las ofrendas. Despojábanse las señoras de sus joyas, vaciaban los campesinos sus carrieles; la pobre labriega ofrecía el fruto de su huerto o el ave familiar; el infeliz, que nada poseía, ofrendaba sus lágrimas. A la voz de **El Dotorcito** nada se resistía.

No tenía curato: levantar siempre la casa del Señor era su empeño; no vivir a expensas de ella. A toda población donde se construyese templo se le llamaba y allí acudía. A pedir para la capilla de "mi padre San José" había venido a **La Blanca**, últimamente, como viniera enantes, cuando se edificaba la iglesia. El vecindario lo veneraba; todos se lo disputaban como huésped; todos, al tenerlo en casa, creían poseer una deidad tutelar que atraía bendiciones. El había escogido siempre para tan santo privilegio el hogar de don Guillermo Duarte.

Figura harto extraña y peregrina la de **El Dotorcito**. Por aquel entonces parecía su cara la de una viejecilla sin arrugas, fina y blanca de cutis: ni pelo de barba, rosadas las mejillas y un no sé qué virgíneo e infantil regado por todas las facciones. Ni siquiera un cerquillo de cabello asomaba por detrás de aquel cráneo, pelado como una calavera. Andaba con los pies hacia adentro lo mismo que un loro, y era tal su estatura que, al mirar, le arrastraba el alba cual faldamenta de baile, y la casulla le venía hasta los calcañares, toda descodada sobre los hombros diminutos. Jamás omitía la explicación del Evangelio ni el llanto en el momento de la elevación y al dar de comulgar. En nombrando a la Virgen o a "mí padre San José" —su santo predilecto—, largaba el chillido como un niño; y su vocecilla, que nunca tuvo ronqueras de virilidad, daba entonces unas notas que más se asemejaban a maullidos que a articulaciones humanas.

Era un latinista consumado, y, según datos fehacientes, muy docto e ilustrado en humanidades y ciencias eclesiásticas. Mas toda esta sabiduría terrenal estaba subrogada en **El Dotorcito**, por aquella otra sapiencia de los bienaventurados, como que el Sermón de la Montaña era la norma de sus actos y la clave de su carácter.

Pasión alguna o concupiscencia, de estas que a todos nos traen y nos llevan, jamás se le conoció. Una peseta era en sus manos ascua encendida que endosaba al primero que encontrase. Regalo para su cuerpo, nunca jamás: dormía en cualquier parte, con tal que no fuese en cama; por alimento, lo que le diesen, con tal que fuese poco; y, si nada le daban, aguantaba hambre, como bohemio orgulloso de la santidad. Jamás usó ropas interiores, sino los pantalones de manta del reino, bajo la verdosa sotana de merino. Tampoco tuvo el lujo de las medias; pero sí el de la tortura: ponía dentro del calzado granos de maíz. Así y todo andaba muy ligero, moviéndose constantemente con inquietud nerviosa, sin sentarse un solo instante. Rezaba sólo lo indispensable, persuadido, probablemente, que sus acciones, su pensamiento, su verbo, su vida, todo él, eran una perpetua oblación.

Por facultad superior, o porque él mismo se la concediese a fuero de santidad, absolvía el primer pecado, advirtiendo al penitente que principiase por los menudos y atajándole el paso si pretendía irse

a mayores. Claro está que los hombres le caían como moscas al panal, mientras que el mujerío, tan prolijo y desmenuzador de suyo en achaques pecaminosos, no le satisfacía este sistema de **zapoteo**.

A su oratoria, lacrimosa y gemebunda, informada siempre del más estricto espíritu teológico, mal **podría faltarle la nota lírica de su** cómica inocencia. A este respecto tenía cada salida, que el auditorio estallaba en piadosa hilaridad.

—¡Ay, mis amados feligreses! —lloraba una vez—. ¡Si mi Dios me manda al infierno, yo me muero de repente! En un sermón del descendimiento, después de llorar a todo pecho, y con él todo el vecindario, grita a los músicos desde el púlpito: —¡Toquen una polquita bien alegre, pa que la Virgen se consuele!— Al terminar toda función, rezaba siempre el padrenuestro por el clarinete, y la salve por la tambora. En tiempos anteriores, cuando **El Dotorcito** tenía parte de su familia en el lugar, vino hasta esas Batuecas aquella moda femenil, vitanda y execrable, que tanto ocupó al clero de la época. La trascendencia del pecado llegó hasta el santo. Un domingo sube al púlpito, y, entre aguacero de llanto y de sollozos, truena y relampaguea contra “ese uso, tan horrible, inventado por la diabla”. Pero he aquí que, al volver a casa, le sale la hermana: —¡**Dotorcito**, por Dios!... ¡Usted sí que es injusto! ¿Cómo se pone a predicar contra este uso de ahora, sabiendo que mis muchachas se ponen? ¿No sabe que es muy bueno para las pobres, que no tienen harta ropa? —Yo no sabía hermanita —repone el seráfico—. Pero no se le dé nada, que yo le arreglo eso. Y muy bien que se lo arregló: al domingo siguiente, dice desde el altar: —Mis amadas feligresas: el otro día se me olvidó advertirles que las que sean pobrecitas y chamizudas, como las hijas de mi hermana Valeria, pueden usar una crinolinita moderada.

Al tenor de estas genialidades conserva la tradición un copioso repertorio.

¿Qué mucho, pues, que fuera el hombre para el pueblo de las montañas? Varios templos de Antioquia los levantaron sus lágrimas.

Como se ha dicho, hospedábase siempre en casa de don Guillermo. Era en ese hogar como un numen. Ocupaba la sala, una sala grande y encalada; allí tenía sus libros y la imagen del Señor Caído, su compañero de andanzas y de vivienda; allí acudían los montañeses como a la gruta de un profeta.

A semejanza de Cristo, era amigo de los niños y de los infelices; pero los chicos de doña Antonia, a quienes infundía cierto recelo el aire extraño y el llorar del sacerdote, huían de él a pesar de sus reclamos. No así Regina: el santo la atraía, le inspiraba esa seguridad, mitad respeto, mitad ternura, que sienten los buenos ante los predestinados. En su presencia experimentaba ella como un descanso de la vida, como un soplo fresco y perfumado que la aliviaba y le hacía olvidar.

De tal modo que, en cuanto el decoro y las circunstancias lo permitían, buscaba siempre su trato y compañía. El, por su parte, le pagaba con creces: desde niña la quería, como puede querer un eremita a un ángel del Señor, y asimismo seguía queriéndola. Llamábala

siempre **El Dolatro**, dictado cariñoso que en la jerga montañesa vale tanto como idolatría o cosa adorada.

Congregados en un rincón de la sala, leíale ella algunas noches, con su voz timbrada y arrulladora, algunos pasajes de **El Evangelio en triunfo** o de **Las Glorias de María** o de cualquiera otra obra piadosa o apologética. El, entre tanto, gemía y se paseaba, interrumpiendo la lectura con algún comentario o explicación.

En las noches luminosas y estrelladas, tan serenas en ese clima delicioso de **La Blanca**, pasaban las veladas en los corredores. Entre alabanzas al Señor, enseñábale el sacerdote las constelaciones y las maravillas astronómicas, escuchando ambos por momentos los ruidos de la cascada, que se percibían en la tranquilidad de esas noches.

En su instinto de madre bien se le alcanzaba a doña Antonia la conveniencia de estas relaciones. Por eso las procuraba como un remedio. La señora había solicitado del santo que pidiese por una necesidad de la familia; mas, temerosa de que saliese en el púlpito con alguna de las suyas, nada había querido concretarle. El, desde luego, dijo en plena misa, al principiar el memento: —Pidamos por una necesidad muy grande de mi señá Antoñita— y de ese día en adelante siguió pidiendo.

Así y todo, ya desesperaba la señora, como hemos visto. Cada día que pasaba le iba dejando una gota de hiel y una chispa de rabia: de jovial y ecuanime que era, íbase poniendo displicente y atrabiliaria. Hasta del poder de **El Dotorcito** desconfiaba ya.

Valiérala Dios con el tal pretendiente. Valiérala con su hija Laura, que no se ponía bien en el asunto.

Ya nadie se acordaba en el pueblo de los augurios del padre Salamanca; y, sin embargo, ahí venía el castigo; ahí venía, horrible, espantoso. El anuncio corrió por la comarca como un rayo que a todos aturdiere. Rayo era en efecto: un rayo sin relámpago, sin estallido, que no rasgaba el aire, que caía sobre la víctima, callado y misterioso, como la ejecución secreta de la divina sentencia.

¡**El Rayo**...! Así se llamó al punto y no pudo llamarse de otro modo. El pánico, la locura, se apoderan de **La Blanca**. Las noticias llegan cada vez más pavorosas. En **San Javier**, en **Santa Ana**, en **El Hato**, en los partidos, en todo el valle, caen las víctimas sin cuento. Ni capilla, ni tregua, ni nada; el ajusticiado siente una picada, y se desploma; siente otra, y grita; siente la tercera, y allí queda rígido, marmóreo como muerto de seis horas. ¡Qué espanto! **La Blanca** está cercada: **El Rayo** se aproxima; ya llega, ya llegó. Como el de las tormentas materiales, busca primero las alturas: por los desfiladeros de las montañas, ya una, ya dos, ya varias, van descendiendo, rápidas y afanadas, cual escarabajos fugitivos, las mortuorias barbacoas.

Primero que ellas ha llegado el castigo: una lavandera ha sentido el golpe y, antes de caer al agua, ya estaba muerta; un mendigo, que comía, no tuvo tiempo de tragarse el bocado.

El pueblo invade el templo, abierto hasta media noche; las hembras no desdennan ya al **Dotorcito** y se confiesan de un soplo; muchos empedernidos corren al purificadoro. El alcalde da bando; nadie quiere estar solo en su casa y se agrupan en las más capaces; en todas partes se oye El Trisagio y los rezos colectivos; en todas se alumbran santos, se sacan escapularios, y se encienden las ceras benditas. Acuden las gentes de los campos a esta feria de la muerte; bárrense calles y plaza; se hacen hogueras con la basura; por dondequiera se riega el suelo con sumo de naranja; por dondequiera se esparce ruda y ramas de romero; el alcanfor se agota en un instante; todos se cuelgan saquitos a guisa de pectorales.

Convoca a rogativa el padre Salamanca.

Ante todo hay que subir en romería hasta **El Castillo** y traer a San Roque, venerado en casa de los Medinas. **El Dotorcito** quiere que la patrona y San José honren al abogado de la peste saliéndole al encuentro, al son de música.

Reina julio en todo el esplendor de la canícula; semeja el cielo dilución clara de zafiro; el sol aumenta el relieve de las montañas y esmalta las aristas: la cascada, alba, plumosa, incandescente, se glorifica en su blancura.

A las dos parte el párroco con la primera tanda, que ha de traer el santo; a las tres sale **El Dotorcito** con la procesión del encuentro. A medida que avanza va engrosando con las gentes que le llegan de los campos. Las mujeres, todas lacrimosas y doloridas, van tocadas con los pañolones; la chiquillería quiere ponerse a la altura del conflicto e inventa extremos más o menos fingidos; grandes y chicos, mujeres y hombres, quieren marchar junto al santo vivo, junto al parrayo. La procesión se detiene en **El Puente Real**, y el sacerdote habla. No llora en esta vez: exhorta a la esperanza. Como Collet a la guarnición francesa, promete confesar de una vez a la romería entera. Al son pausado de una marcha entona el rosario y comienza el ascenso por el pedregoso sendero. Se arracima, se aclara, se desbarata en el vértigo del fervor; suben los fieles una octava del diapason; el rosario se difunde como un clamoreo. Los monagos, dispersos y enredados, trepan por los ribazos del camino; la cruz y los ciriales se destacan fantásticos sobre los barrancos y charrascales; los santos presentan, en paraje tan agreste, aire extraño de transfiguración; la patrona aparece más reina e inmaculada bajo los penachos de palmeras, bajo el dosel de los guaduales. La procesión sube y sube. Los hombres se cubren con las ruanas, y los golpes rojos de la bayeta resaltan entre el oscuro mujerío como cuajarones de sangre. Se ha avanzado demasiado y San Roque no aparece. La procesión se detiene en **La Meseta**: hay un momento de descanso.

Laura y Regina, que andan con los chicos, se entran por una cancilla a la finca de don Guillermo y van a sentarse en unas piedras a la sombra de unos arrayanes. Los rapaces, ajenos de cuidados, corren al bosquecillo de guayabos.

Lo joven está turbada y sobrecogida; ha estado a poca distancia de Marcial. Le ha dicho él con los ojos cosas tan dulces y terribles que ella no ha resistido a tanta elocuencia; a su vez le ha mi-

rado con ojos más amorosos que lo fueron siempre. Este retorno al pasado; esta recaída, después de una enmienda de ocho meses, la asusta y la acobarda. La asusta la ráfaga de dicha, el estremecimiento, el transporte que ha sentido al encontrarse las miradas. Se había jactado de fuerte, y allí estaba la prueba. No, no. ¡Imposible! Estimular amor en ese hombre, era un delito; estimularlo en ella, otro mayor. ¡Qué amargura! ¡Qué despotismo del destino! Ni ser buena, ni tener aspiraciones altas, ni amar lo digno le era ya posible en este absurdo de su vida. Y mirando el picacho llamado **La Cueva del ermitaño**, que se alzaba al frente como un escombros, sintió con intensidad harto honda y categórica, la atracción del aislamiento. ¡Qué dulzura y qué paz! Arrojar del corazón tanto lodo miserable; sacar de la cabeza tan ruines pensamientos; purificarse; no pensar sino en Dios, en el alma, en el cielo... eso sí era vivir y triunfar. ¡Qué delicia sería amar a Dios como manda la doctrina; qué delicia sufrir por Dios, dejarlo todo para buscarlo allá arriba, en las soledades de la montaña! Pero ella... ¡Ah! Estaba tan envilecida, era ya tan pecadora, que sólo el pecado y la vileza la atraían.

—¿Estás muy cansada? —le preguntó Laura, al notarla tan triste y abstraída—. ¿O es que al fin te va entrando el miedo?

—Estoy algo cansada. No mucho. Todavía no tengo miedo: creo que no me dará.

—¡Quién fuera usted, Regina! A mí se me ha pasado un poquito esta tarde; pero siempre tengo mucho. ¡Con tal que este rayo tan horrible no vaya por Remedios!... ¡Figúrese!... ¡Allá ni aun cura habrá!

Viendo que la joven seguía en su mutismo exclamó luego:

—Usted también tiene miedo. No lo niegue.

—¿Para qué se lo negaba? **El Rayo** no puede hacerme a mí sino un beneficio.

—¡No diga eso, niña! —replicó Laura, en tono dolorido de reproche—. Si el señor cura le oye esas palabras, le mete su buen regaño.

—Talvez sí —contesta Regina con aire de fatiga—. no he debido decirlo: fue un disparate que se me vino. ¿No has visto, pues, las bobadas con que salgo?

—¿Bobadas?... El que no te entienda.

Y a poco agrega:

—Por ahí andaba aquel marchante, que se le salían los ojos, detrás de nosotras. ¿Cómo te fue, que no supe?

—Laura... recemos el rosario.

—¿Otro? Pero si hemos rezado mucho.

—Yo no recé nada en formalidad: he estado tan envoltada.

—Eso sería aquél que te quitó la devoción. Ello dirá,

—Recemos, Laura.

...—¡Pero, niña, si no tenemos tiempo!... Los de arriba no deben demorarse.

—Aunque no sea el rosario. ¡Cualquier cosa!

Por el vallado de piedra del camino asomó la cabeza del negro Fraciquí en actitud investigadora. La cancilla se abre y aparece la facha arrogante de Marcial Rodríguez. Entre resuelto y turbado, vase derecho a las señoras. Ambas a dos se sorprenden, se aturden, sin poder disimularlo. Regina palidece. Después del **buenas tardes** lugareño, sin tratar siquiera de cubrirse, dijo con voz un tanto incierta y demudada:

—Perdonen, mis señoras, la imprudencia... Hace días que a cecho la ocasión de hablar con usted, Regina. Talvez no tenga ya ningún derecho. Pero... usted misma me ha animado esta tarde. Yo no puedo vivir así: dígame qué ha pasado entre usted y yo. ¿Por qué ha cambiado conmigo de ese modo? Yo no puedo creer que usted sea una mujer sin corazón. ¡Imposible creerlo! Usted me ha jurado amarme hasta la tumba. ¿Qué es, pues, lo que ha pasado? Dígamelo, Regina. Cualquiera que sea mi sentencia, yo debo oírla de su propia boca.

Calló, y como ella, más muerta que viva, guardase silencio, agrega luego:

—¿Ni siquiera una respuesta le merezco? No era así hace diez meses. ¡Regina!... Contésteme por Dios! Máteme de una vez, que yo prefiero la muerte a esta incertidumbre.

—¡Qué he de contestarle, Marcial! —dice la hermosa, desfallecida de angustia, implorando a Laura con los ojos—. Si yo tampoco sé qué pasa... Yo no puedo hablar ni decir nada.

—No ignoro —dice Marcial Rodríguez— que en casa se oponen abiertamente a que usted y yo nos amemos, y que, fuera de misiá Laura, todos me hacen la guerra. Pero este punto ya lo habíamos tratado usted y yo: usted me dijo que sobre todo estaba el amor de nosotros... ¿Es cierto, Regina? Conteste.

—Es cierto, Marcial —murmura ella, sin poder contener el llanto que la enajena por completo.

—¡Entonces... no entiendo! —exclama el joven con vehemencia—. Explíqueme usted, misiá Laura, este misterio.

—Es muy claro —contesta la señora, no sin cierta entereza—. Ya que me lo pregunta, debo decírselo. Lo que cuentan de su conducta, de la vida que lleva, no puede halagar a nadie, ni mucho menos a Regina. Todo esto la ofusca y la enreda.

—¡Ah! ¡Ya comprendo! —exclama el caballero afortunado de **La Blanca**—. ¡Chismes ridículos!... ¡Calumnias que han regado mis dos rivales! Creen que me desprestigian, que se elevan ellos. Pero se equivocan los miserables: ¡yo sabré desmentirlos!

—¡Desmíentalos, Marcial, desmíentalos! —repite la crédula señora, con verdadero entusiasmo—. Pruebe usted con los hechos que todo es mentira, que usted no es lo que dicen; y yo respondo que en casa no se opondrá nadie a sus pretensiones.

—¡Se lo prometo, misiá Laura!

Parecía más alto y vigoroso en su fingida dignidad. Era un mocetón adusto de veinte años, imberbe todavía, de pelo crespo e indómito, cara de un moreno agitanado y ojos verdosos y avasalladores. Fulminábalos en ese instante contra sus enemigos invisibles.

—Marcial —dice Regina enjugándose el llanto—, dejemos esto de una vez. No piense en mí. Yo no puedo hacerlo feliz... ni a usted ni a nadie.

—¿Que no piense en usted? No, Regina...

Aquí fue interrumpido. Del lado del camino se oyeron voces ahogadas. Por sobre el cercado asoma la cara desfigurada de una mujer del pueblo. Manotea y gesticula como una furia; pretende treparse por el cerco. **Fraciquí** aparece tras de ella: ásela de un brazo y la echa abajo de un tirón. Al punto se deja ver el negro por los barrotes de la cancilla. —¡**Amito!** —grita asustado—. ¡**Amito!** —repite del mismo modo. Marcial, fuera de sí, se aboca hacia la puerta y sale hasta el camino. El incidente pasa en un segundo. El rebullicio de afuera indica a las señoras que San Roque ha llegado.

—Vámonos, Regina —le dice la hermana afanada y confusa—. Vámonos. Pasemos adelante para que no nos demoremos.

—¡No, no, solas no! —exclama la cuitada cerrando los ojos, toda estremecida.

—Nos coge la noche si nos metemos en la procesión.

—¡No le hace! Esperemos que llegue la gente a la puerta y nos pegamos del **Dotorcito**.

—¿Tiene miedo, Regina?

—Mucho, pero no es de **El Rayo**. (Un gemido se escapa de su pecho).

—No llore, niña: desprecie a ese arrastrado.

—Sí, Laura.

—Una negra infeliz se deshonoraría casándose con ese... Estítese, Regina, en lo que vale, aunque se le parta el corazón.

—Sí, Laura.

Llamaron a los niños. En medio de ellos, ceñidas una a otra, cual si se amparasen mutuamente, llegaron a la cancilla.

—Devolvámonos, Laura —exclama la joven, al verse en el camino—. Devolvámonos, ¡por Dios!, que nos ven. ¡Nos están viendo!

—Regina, ¡por la Virgen!, no se ponga así, que entonces sí que es cierto que van a reparar. Nadie ha notado nada. Abra el paraguas y séquese esas lágrimas.

Y al ofrecerle el pañuelo, las suyas temblaban, redondas y congeladas, en las puntas de las pestañas. Lágrimas de coraje que le rozaban las mejillas sin deshacerse.

Allá arriba, al volver un recodo de la senda, asomaron los conductores de San Roque. En la meseta del descanso complementóse la procesión. **El Dotorcito** apostrofó al santo, entre lloros y deprecaciones. —¡Ay! ¡Quién, quién fuera la perrita pa lambele la llaga!— Ahí le entregaba ese rebaño; y, pues era él atajador milagroso de toda enfermedad, los librase, ante todo, del rayo del pecado, y se cumpliera después la voluntad de Dios y de "mi padre San José". Gimieron las mujeres con estrépito y los hombres en silencio. Sonó la mar-

cha, se acompasó el clamoreo, volvieron cara al pueblo los santos titulares y principió el descenso.

De las andas del huésped pendían como penachos de oro, ramos exuberantes de **Americana**; cubrían la alta base manojos de **Flor de uvito** y de **Yedra de San Juan**. Maravillábase la chiquillería con aquel santo tan lindo, que tenía sombrero, bordón con calabaza, llaça y perrita lamedora.

Según bajaba la romería, se iban calmando los gemidos. De boca en boca pasaba una noticia consoladora en su mismo desconuelo: el padre Salamanca se había demorado en **El Castillo** por haber tenido que auxiliar dos atacados. Luego **El Rayo** daba espera.

Terminaba el día con la tranquilidad de un justo. El poniente de lumbres desteñidas; las montañas despejadas y azules; el reposo del valle; la solemnidad de la hora, obraban en la creyente multitud, al par que el alivio de las preces y el desahogo del llanto. **Sursum corda**. Porque arriba estaba el puerto, arriba estaba la esperanza. Sobre la tierra misma parecían reflejarse: allá abajo, arrebujada en su manto de verdes, mostrando a trechos la albura de sus paredes, veíase la aldea sentenciada. ¡Cuánta paz! Parecía una enferma, ya unguada, que aguarda ansiosa la hora de la cita. Divisábase la torre de la iglesia como un anteojo ebúrneo, dirigido al cielo por el lado que alarga, por el de la fe, que abre horizontes infinitos, que busca la inmensidad para volar serena y luminosa. Junto a la iglesia, en el trunco nivelado de una colina, blanqueaba el campo santo. ¡Cuán hermoso en su misma sencillez! La alfombra de hierba que lo cubre, la sombra de tanta cruz, el misterio que lo envuelve, convidan a dormir el sueño de la vida.

El grupo de las Duartes, ingerido entre la turba, llevado de aquí para allá, no alcanzó a llegar hasta **El Dotorcito**. Estancadas en las estrechuras, quedaron al fin y al cabo las últimas de la cola, con dos de los chiquillos, solamente, pues Jorge se había enrolado en el centro de la romería.

Al verse solas, recostóse Regina en un cercado a la vera del camino. Por el ánimo de Laura pasó el terror.

—¿Qué siente, niña? —exclama en el colmo de la angustia.

—No se asuste: no es nada. (La voz y la cara la desmentían).

—Algo tiene muy horrible. ¡Tiene que tener! ¡Qué hacemos, Dios mío!

—Si no es nada, Laura. Ya usted está creyendo que es **El Rayo**.

—¿Siente la picada?... ¡La siente, niña, no me lo niegue!

—No sea aprensiva. No me pica ni me duele nada. No tengo sino desaliento.

—Pero si está oprimida, si no puede hablar! (Laura quiso aflojarle los vestidos; Regina no lo permitió).

—Si no es nada... Ya se me está pasando.

Recostóla la hermana en el regazo; una convulsión violenta le sobrevino; la respiración le faltaba. Laura, desesperada, dando gritos, la sacudía como a un niño. Regina, por un esfuerzo supremo, dio una respiración, lanzó un grito ahogado y estalló en sollozos largos, profundos, comprimidos mucho tiempo.

Pudo entonces levantarse, sacudirse. Se estremecía toda como si la azotaran. Laura ordenó al mayor de los hermanos corriese al pueblo a pedir auxilio y quien llevase a Regina.

—¡No, no, Eduardo! —gritó ella—. ¡No vaya a asustar a mi mamá! Esto no es nada.

—¡Está muy mala! —plañe la otra—. No puede irse por sus pies.

—Sí puedo... Espérense un instante... Vea que sí.

Dando cinco o seis pasos fue a sentarse en una piedra, trémula y palpitante.

Parecía calmarse.

—Pero... ¿qué le ha dado? —preguntó Laura, al cabo de un momento.

—No sé: una cosa parecida a lo que sentí cuando me envenené con higuérón. Pero ya me va pasando.

—Llore, niña, bien duro —exclama Laura llorando también—; llore y verá cómo se acaba de aliviar.

—Ya lloré —contestó Regina arreglándose la ropa—. ¡Por Dios!... ¿Me vio alguno cuando me dio eso?

—¡Si no ha pasado un alma!... —contesta la hermana enjugándose las lágrimas.

Infundiéndose valor una a otra, fingiéndoselo, permanecieron todavía unos minutos, y, luego poco a poco, siguieron el camino, asidas por el brazo. En el ánimo de la hermana mayor surgía el problema. ¿Cómo ocultarle a mamá la escena con Marcial? ¿Cómo contársela? De un modo u otro, era ella la responsable de lo ocurrido, por haber metido a Regina en la romería, contra el parecer de doña Antonia. Ya no sentía miedo al **Rayo**: sentía una angustia extraña, un temor que no podía definir. Regina le daba bromas sobre el que ella le había ocasionado momentos antes. Laura no entendía: ¿Fingía Regina por desalarmarla, o, realmente, no daba al asunto ningún significado?

A tres cuadras aquende **El Puerto Real** irían las señoras, cuando por la partida que conduce, precisamente, a **La Remanga**, se oyeron voces lastimeras y desoladas. Por las articulaciones bozales, comprendieron al punto quién era el cuitado.

—¡Si calai! Amito pegó a su nego, porque le ijo su veldá. ¡Amito lo lumbó e la casa, como a un pelo gusaniento! ¡Ay! ¡Qué halá sin Amito el nego Faciquí! ¡Qué halá en la vida! Faciquí se güelve ponde Amito, manque lo mate a las patadas.

Y seguía llorando a solas, tirado boca abajo en el camino.

Adoraba en **Amito**; era **Amito** su religión. En ese espíritu triste y caótico no existía más noción precisa que Marcial Rodríguez. Era el ser providente que, imperando en él por ley de soberano, le daba la vida. Su negra existencia dividíala en dos partes: antes y después de **Amito**. Antes: azotes, hambre, miseria, la crueldad del blanco, el yugo horrible del que sin ser esclavo por la ley lo es por raza y por herencia, por estupidez e inutilidad. Después, un ser humano

que le dispensa atenciones, que lo eleva a la categoría de persona, que le da el pan, que le arroja un mendrugo de cariño. Todo esto, sin explicárselo, por supuesto, sentíalo el negro en su propio embrutecimiento; y la gratitud reventaba en sus entrañas como chorro de agua comprimida.

Nadie supo en **La Blanca** la procedencia de Francisco, ni la sabía él mismo. Su edad tampoco podía calcularse. Jamás se le ocurrió suponer que pudiera tener padres, hermanos, afectos y edad como los hombres. Tan escasa noción debía tener del yo, que casi siempre se nombraba a sí propio en tercera persona y con el mote cariñoso emanado de Marcial.

Vino a manos de don Juan Rodríguez, entre los bienes heredados de un tío suyo, sacerdote de muchos caudales. Vino como un bien mostrenco, como una excrecencia. No era esclavo, sin embargo; que ya por ese entonces se había abolido la esclavitud. Para todo menester mostrábase inútil, torpe y perezoso. Era un ser inerte, sin deseos, sin pasiones aparentes: un andrajo arrojado al pudridero de la vida. Fuera de cantar, no se le conocieron más aficiones ni habilidades.

Sin que diese razón de dónde los tomara, cantaba unos aires extraños, de indecible tristeza; algo como yaravíes, que en nada se asemejaban a los cantares de nuestras montañas. Acaso fuesen la nostalgia africana, el recuerdo del bosque y de la tribu, transmitidos hasta Francisco; tal vez los inspiraron la noche triste del cautiverio, las flagelaciones de un ser querido, la mercancía palpitante de algún barco negrero.

Es lo cierto que al africano parecía dolerle algo muy hondo, cuando entonaba aquellos aires. Conmovía fibras desconocidas su voz dejativa y melancólica; daban risa esas articulaciones bozales e infantiles que excluyen la erre. Cuanto oía lo cantaba al son de su vihuela; pero todo, bien fuese el bunde más regocijado, le salía triste, impregnado de nostalgia.

Pusieronlo un día a cuidar a Marcialito, y una nueva vida se inició en Francisco. Entre los dos se fue formando el vínculo del afecto y del compañerismo, quedando ambos confirmados desde entonces con los motes de **Amito** y **Fraciquí** que mutuamente se pusieron. Para servir a su niño, sacó energías de su inercia y actividades de su pereza. El corazón del negro se despertó. Conmovía ver aquel tipo clásico del Congo, miserable y triste, interesante por su significado y por la suprema fealdad, velando con el fanatismo de un culto, el vástago endeble de la raza enemiga; cargando siempre a aquel chiquitín, rubio e inquieto como una ardilla.

Vivían, entonces, en **La Remanga**. Cuando se lo quitaron para ponerlo en la escuela, el negro vagaba por los rastrojos, lloroso, alhelado, sin objetivo en la vida. Crecido **Amito**, hecho un hombrón antes de tiempo, fue, para el salvaje trasplantado, el jefe de su tribu. Al saludarlo, después de alguna ausencia, las lágrimas le corrían, y le besaba las manos y el vestido.

En la novia de Marcial veía un mito, una divinidad bienechora que en algún tiempo no muy distante debía embellecerle, encantarle la vida. Servirla siempre, servirla de rodillas era su sueño. Va-

rios sábados, por la noche, después de algún aquelarre de tamales y aguardiente, llevábalo el galán a que cantase en las ventanas de la amada. ¡Qué trastorno! ¿Cuándo se dio en el orbe más alto magisterio? —**Fraciquí** cantando a la princesa... —decía el ilota, y esos ojos esféricos, cuyo blanco lo parecía más en esa caraza de hollín, fulguraban entonces humedecidos por el enternecimiento.

Esta adhesión, esta fidelidad de perro, pagábala el amo a su manera: cariño a ratos, pescozones con frecuencia, largueza siempre.

Tal era **Fraciquí**.

Tirado en el pedrisco del camino, seguía en sus lamentos. Las señoras pasaron de largo por la encrucijada, atajando a los hermanos que pretendían acercársele, para imponerse del suceso. Siguieron adelante, y, entrando al puente, uniéronse Jorgito, a quien suponían ya en el pueblo.

—¡Chupá, Regineta! —grita el chicuelo sacudiendo la mano y haciendo chocar el índice contra el cordial—. Chupá que **Amito** se volvió para **La Remanga**... ¡Hi! ¡Hi!... Después que se contentaron.

—¡Qué sabés vos, entrometido! —dice Laura realmente incomodada.

—¡No sabré! No vería yo, cuando estaba subido en el guayabo, que él se dentró a la **manga** a conversar con ustedes.

Y, sin más réplica, tiró adelante como un rehilete, en alcance de la romería. ¡Ahora sí! El secreto estaba descubierto. Cuántos disparates iría a llevarle a mamá ese enemigo malo. Afortunadamente que no estaba presente “cuando la moridera de Regina”.

Así fue, en efecto: cuando llegaron a casa, ya Jorge había rendido el informe. No lo hubiera necesitado doña Antonia: harto lo revelaba el aire de las hijas; Regina, tan disimulada y todo, no podía ocultar el sufrimiento. Por no postrarla más, hízose doña Antonia la indiferente.

En cuanto a la calamidad general, halláronla muy desalmada. No era tanto como decían: el compadre Gil acababa de llegar de los pueblos circunvecinos y estaba muy al tanto: contados eran los casos de muerte fulminante; casi todos alcanzaban sacramentos y muchos no morían. El mal se presentaba de muy diversos modos, con fiebre casi siempre, y más en las montañas que en los pueblos. La sangría estaba dando, últimamente, magníficos resultados. Doña Antonia ya no tenía miedo.

Una vez sola con Laura pidióle cuenta de lo ocurrido. Contóle ella todo, sin ocultarle el ataque, ni su intranquilidad por la salud de Regina. Con eso tuvo la madre para entrar en tortura. Fuese a la joven: preguntó, requirió, indagó. Nada: cansancio y nada más; un dolor de cabeza insignificante, que pasaría con el sueño. Sin que se lo indicaran, se metió en cama inmediatamente. La señora le aplicó en un momento los remedios caseros que mejor le parecieron; pero un nudo le apretaba la garganta: ella le veía a Regina una cara tan demu-

dada, tan extraña. —¿Qué siente, mi hija? —Si no siento nada señora. —Y fingía dormir.

Nada sentía, en realidad; nada pensaba. Una laxitud, un marasmo la embargaban por completo; parecía que todo el mecanismo de su ser consciente se hubiera paralizado.

Doña Antonia, a cada instante, entraba al cuarto en la punta de los pies: la examinaba el semblante, la respiración, el pulso. Salía, hablaba con Laura, y tornaba al examen. Hízola entrar, para que, a su vez, la examinase; no había duda: Regina tenía fiebre.

Ambas a dos, sugestionada una por otra, lanzaron el diagnóstico terrible. Sí; lo que Regina había sentido a la vuelta de la romería era la picada, la picada que estaba ocultando por no alarmarlas. A las nueve, cuando **El Dotorcito** volvió a la casa, encontró a las señoras consternadas. —Regina está con **El Rayo** —fue el saludo de la madre. —¡No lo permita Dios, mi seña Antoñita!— Entráronlo al cuarto. La vio desde la puerta y salió llorando. —¡Está muy malo **El Dotaltro** —dijo en el corredor—, muy malo enteramente!

Cuando así lo declaraba el hombre iluminado, ¿quién podría dudarle

A las once de esa misma noche se reunía en consulta el cuerpo médico de **La Blanca**: don Hermógenes, el boticario; Mano Esteban, el yerbatero insigne, y la tía Juana, especialista en tabardillos y descensos. El caso era desesperante. Ciertamente que la víctima no daba señales de picada todavía; pero la fiebre, como una llama, la consumía por momentos. No debían andarse con paños calientes.

Doña Antonia daba vueltas como una atontada: **El Dotorcito**, cruzados los brazos, todo agachado y empequeñecido, rezaba y rezaba, volteando por los cuatro corredores. Jorge, que había despertado con tan extraño movimiento, se andaba por ahí, entre figón y asustado. Laura lloraba en silencio junto al lecho de la enferma.

Regina, aletargada en las primeras horas, agitábase ahora en inquietud desesperante. De pronto, salta convulsiva, con los ojos abiertos y agrandados. Quiere tirarse de la cama, y grita horrorizada.

—¿Qué es, mi reina?

—¡Me quería matar... con ese palo!

—¿Quién? ¡Despierte, mi hija, que tiene pesadilla! (Palpita entre sus brazos, azogada y sollozando. La sacude, le soba la cabeza, la acaricia). ¡Despierte, por Dios! No se asuste, que es soñando. Vea que está conmigo, con Laura.

No despierta. Ambas se acuestan abrazadas. Laura la besa y le moja la cara con sus lágrimas. Siente que la quema aquel cuerpecillo grácil y armonioso. Por no hacerle más daño, le acomoda la cabeza en las almohadas, le arregla los abrigos, arrima un asiento frente a la cama, y sigue llorando en silencio.

En el ínterin la junta ha decidido. Contra el dictamen de tía Juana, y apoyada por el de Mano Esteban, ha triunfado la épica lanceta de don Hermógenes. Triunfo de la muerte —que diría el Petrarca—. ¡A la obra, sin pérdida de tiempo!

A Laura, que resultó india de pura sangre, le dio un desmayo, cuando la vio saltar, purpurina y ardiente, del brazo de alabastro. No la vio sobre las sábanas ni cómo se coagulaba en el fondo de aquél platón de porcelana. Jorge, de aquí para allá, requemado, encendido, con los ojos de árabe todos brotados, con tendencia al puchero, trataba de entender. Al fin no se contuvo: dos lagrimones le saltan y, con voz ahogada, le dice a doña Antonia: —¡Busté pa qué dejó!

Los agentes de **El Rayo** retiráronse a la sala, pensativos y solemnes.

Habilitada de muerta oficialmente la hija predilecta de don Guillermo Duarte, veníaseles encima el consecuente terribleísimo problema: ¿cómo hacer para que este padre alcanzase a esta hija, desde aquella Remedios tan lejana?

Conmovido el pueblo, todo lo inventaron esa misma noche: expreso infatigable; un caballo, mitad camello, mitad pegaso; facultades para reventar los que al paso le viniesen; cartas a las poblaciones del tránsito para que, a su vez, le aprontasen caballerías a don Guillermo; total: un milagro.

—¡Pobre mi compadre —decía don Hermógenes—, tan buena persona!

Era el Creso de **La Blanca**, el más querido, porque sólo venía de paso a aquel pueblo comido de rencillas y rivalidades.

A las siete tañían a rogativa. Tristes, insistentes, como una obsesión de amargura, sonaban en el ambiente de la mañana las vibraciones del bronce. Sobre el vecindario todo, cerníase la imagen de Regina; en el colegio, en aquel matalotaje de grandes y pequeños, de niños y de hombres, más de un mozo llevaba en la fantasía el hechicero rostro, la dulzura de aquella sonrisa y ese aire de gracia e inocencia; las gentes graves oscilaban entre el temor y la esperanza. ¡Horrible incertidumbre! ¿Principiaba el castigo por las víctimas más preciosas? ¿Era esta sola la hostia propiciatoria que pagaba por el pueblo entero?

Desde el púlpito, en medio del panegírico y del llanto, anunció **El Dotorcito**, para después de la misa, la administración de **El Dotalro**.

A son de música y bajo palio, sale a visitar el Dios Sacramentado. Tan insólita pompa sobrecoge al concurso; lloran los ancianos, fascínanse los niños; se derriten las velas al viento de la calle, las gallinazas huyen de los techos; mandan los naranjos sus soplos perfumados. Es como un corpus dedicado a Regina. En el zaguán, regado de pétalos y de hojas, asoma doña Antonia; al ver la cruz y los ciriales, retrocede asustada. Calla la música, agólpase el gentío, se colma la casa, rezan en coro, suenan las campanillas. Todos quieren entrar hasta la alcoba. Regina contesta **sí creo** con acento reposado y recibe con unción la forma consagrada. Nadie nota en su rostro vislumbres de temor. Pasa la ceremonia. Por los ámbitos de la casa flotan átomos de misterio.

Desde esa hora fue ella otra Agramante; quedaron los niños a merced de la primera madre que encontraron; manos oficiosas empuñaron las riendas del gobierno. La caridad y la novelería se dieron cita en esas piezas y corredores; por la noche era eso un mentidero de novios y de comadres, de novenas y de santos alumbrados, de chocolates y piscolabis. Doña Antonia, huyendo del embolismo, huyendo de sí misma, vagaba por ahí, sonámbula y desencajada. Se puso en la puerta de la alcoba doble centinela y en el zaguán una junta atajadora; Laura no se apartada de Regina; **El Dotorcito**, encerrado en la sala, oraba de rodillas.

La enferma, sin perder completamente la noción de la realidad, desvaneciase, entre tanto, como en un ensueño de angustia y de fatiga. Los fenómenos de la anemia la trastornaban; sus facultades conscientes, tan pronto fulguraban intensas y precisas, tan pronto se oscurecían en el letargo. Sufría, no obstante, sufría horriblemente: miedo, sobresalto, la amargura de su vida que se le hacía dulce al dejarla; el padre ausente a quien no diría adiós; el horror a lo insondable; el fantasma de Marcial, ahora más amado y poderoso. Todo, todo tenía que dejarlo y no se resolvía. Pedíale a San José la buena muerte.

¡Ay, qué horrible era la tristeza de entristecerse!

Así pasó un día y otro y otro. La trinca de Galeno, constituída en enfermeros, apelaba a los mil expedientes de la terapéutica.

A cada síncope encomendaba **El Dotorcito** aquella alma para él tan querida; y, a ser posible, más de una vez le hubiese aplicado la extremaunción.

En la mañana del cuarto día, a eso de las nueve, después de un sueño largo y al parecer tranquilo; después de una tregua de la ciencia, abrió Regina los ojos, animada y sonreída. Por los circunstancias pasó la esperanza. Laura le dio alimento, y ella le dijo al oído:

—Quedémonos solas y cierre la puerta.

—Sí que estás aliviada, mi reina —le dice Laura al cumplir lo ordenado.

—Sí, estoy muy bien, porque voy a morirme.

—¡No diga eso!

—Sí, Laura, ¿no ve qué tan contenta estoy? Me voy al Cielo. Ayer... no sé cuándo, sufría, sufría, sufría mucho, pero hoy... ¡me siento tan feliz!

Y, en efecto, su voz desfallecida y quebrantada tenía un no sé qué de efusión y de transporte.

—¡Y nos dejas solas en la vida!

—¿De qué les he servido? ¡De tormento...! Ya se acaba esto, y yo las acompaño desde el Cielo. No llore, Laura: yo le cuento... He pedido a la Virgen y a San José, para que me ayuden, y me han oído. He visto una flor tan linda... ¡si pudiera decirle como es! Creo que me la mostraron para que saque por ella lo que es el Cielo... No llore, no sea bobita (y le apretaba las manos con infinita ternura). Oigame: en el cofrecito de conchas están las cartas de Marcial, el retrato y unas cositas que me había regalado... Entrégueselas en propia mano.

—Y ¿qué le digo a ese hombre? —dice Laura apurando el llanto.

—Que voy a pedir mucho por él... para que sea bueno.

Reinó un corto silencio, y agregó luego:

—Acábele la bufanda a mi papá. Dígale que no tengo más pena en mi muerte que no verlo y no recibir su bendición. (Pausa). Cuiden mucho al **Dotorcito** y busquen quién le lea. Hágale la bufanda a Jorge. Mis joyas son para la niña, y el corte de gasa... Cuando vaya de ninfa se lo hacen muy lindo... No llore, réceme pasito la oración de San José.

Terminada, dijo:

—Lámeme a mi mamá, para que me eche la bendición.

Tragándose las lágrimas dióselo doña Antonia, por ella y por don Guillermo. Pidió Regina que le trajesen la niña y le entrasen los muchachos. Pero un síncope le sobrevino. Aquel organismo inerme, anulado de un golpe, tenía ya agotadas las raíces de la vida.

A las siete de aquella noche, ya en agonía, aún intentaban los últimos esfuerzos. A la una la sacaron expirante de un baño. En brazos de Laura, que acababa de enjuagarla, se quedó a poco como un niño que se duerme.

El eterno **Ha muerto** oyóse en esta vez como el quejido de un solo corazón. Claro: nadie había enfermado en **La Blanca**; de las montañas ya no bajaban las tristes barbacoas; **El Rayo** había cesado por encanto: luego era Regina la víctima propiciatoria; luego había bastado ella sola a detener la diestra justiciera.

Y aquel lugar de rencillas, siempre palpitantes, de enconos inveterados, anticristiano en su intolerancia y en su misma gazmoñería, vióse, una vez siquiera, unido y reconciliado por un sentimiento común, hondo y complejo. Harto bastardo en el fondo, a fuer de humano, velábase con nobles apariencias. Bajo el aparato de consternaciones y amarguras, ocultábase, no muy adentro, enteramente, un cucurucho de confites. Verbigracia: el sentir una vez más la igualdad ante la muerte; el goce de un espectáculo y de un tema; el placer delicioso del alarde; la satisfacción de los débiles con la caída de los fuertes; el quitar del medio un término insultante de comparación; el abolir un privilegio. Fuera de estas dulzurillas, obraba en los blanqueños el dulzor grande, para ellos especialísimo: el descanso del que se siente exento y rescatado. No es poca cosa pasar de los terrores de la capilla a los encantos del indulto. Podía, pues, toda esa gente darse gusto con su dolor inmenso y derrochar el lujo que quisiera. Así fue: la casa se llenó en un momento y exhibió el duelo sus infinitas variedades.

Las mujeres, con especialidad las casaderas, mostrábanse inconsolables. Aquellas que le inventaban a Regina tantas mangas y capirotes, corrieron las primeras a inventarle la mortaja.

—Aquí está —dijo Laura, compareciendo ante la luctuosa asamblea.

Y con esa delicada manifestación del egoísmo, con esa noble vanidad que se gasta con los muertos, desplegó ante las mortajistas aquella tela radiante, hasta entonces escondida. Tan nívea, tan etérea,

con hebras de argentada lama, parecíase al chorro de **La Blanca**. ¡Qué deslumbramiento! ¡Dichosos los gusanos!

—Se la trajo mi papá de Magangué —agrega Laura, con el dolor, con el enternecimiento que causan las pequeñeces en las grandes tribulaciones—. Pensaba hacerla cuando él viniera, y no ponérsela sino una vez, nada más que por complacerle. ¡Talvez no le verá el estreno! ¡Pobrecito! Ella le tenía pereza porque le parecía muy lujosa... De oro se debió vestir ese ángel.

Desde temprano estaba expuesta a la pública admiración. Ya no la examinaba doña Antonia.

No se vaciaba la casa un solo instante; todos querían contemplar la hostia en su gloriosa apoteosis.

Allí arde, entre cirios y entre flores, blanca, santificada, eucarística. En las manos, puestas a la manera de Murillo, se entrelaza, confundiéndose con ellas, el cetro de azucenas. No es ya la mujer: es el símbolo, la concreción extática del ideal más alto y femenino. La esencia que animaba aquellas formas hechiceras les ha dejado como el crepúsculo de su divinidad. Nunca expresó ese rostro escultural lo que expresa ahora. Parece que en su sueño de pureza oye el himno revelador, que explica la vida de la tierra; parece que todo lo entiende ya, que todo lo contempla desde la cumbre transfiguradora de la muerte. Bajo ese éxtasis se adivinan la paz soñadora, la posesión suprema de la dicha. Dijérase que las pestañas se han cruzado para que aquellos ojos tan hermosos, habituados a abrirse, no vayan a interrumpir por un solo instante las visiones del ensueño; que la onda negra y oleosa del cabello se ha dispuesto adrede porque el oído no perciba una nota tan sólo de esta vida.

Los circunstantes, sobrecogidos ante el triunfo de Regina, guardan silencio. Sobre la frente glorificada se ha posado una mosca. **El Dotorcito** corre a espantarla.

—¡Tan linda, **El Dolatro!** —exclama el sacerdote, soltando el hilo de sus lágrimas—. ¡Lo mismo que la Virgen! ¡Ese es tu puesto! ¡Te fuistes y no dejastes en esta porquería! Pide por nosotros; ¡pídele a mi padre San José por este pecador!

En la puerta aparece el negro **Fraciquí**.

—¡Bendito sea mi Dios! —plañe abismado.

Y se le contrae aquella cara, blanquéanle los ojos, la noble jeta se le descompone con un sollozo que no puede reprimir.

—¡Ay! ¡Ay...! Yo que venía a llevarle a **Amito** la lazón. ¡Qué halá en la vida sin su pincesa; qué halá en la vida!

Fueron a sacarlo, pero **El Dotorcito** se opuso: —¡Lloremos juntos, **Fraciquí** —gime el bienaventurado acercándose al negro—. ¡Lloremos hartos... pero de alegría!

A tan extraños alaridos corre Jorge. Trae en una mano un trozo de panela y el trompo en la otra. —¡Regineta! ¡Regineta! —grita de repente, y por las mejillas enjabelgadas de dulce corren los hilos salados, con la afluencia de la niñez.

No se pudo aguardar más tiempo a don Guillermo: el fuego de la tierra reclamaba el tesoro que le pertenecía.

A la oración tornaban del cementerio. Laura traía un regalo para don Guillermo: los cabellos de Regina.

Fraciquí quedó en el camposanto acurrucado en la puerta. Enloquecido de dolor apostrofaba a **La Pincesa** con todo el raudal de su salvaje inocencia.

Era media noche. Un plenilunio soberano se derramaba por el valle; las cumbres parecían más altivas sobre el fondo lácteo del cielo; más blanca que siempre saltaba la cascada; **Fraciquí** seguía llorando junto a la verja.

Allá lejos, en **La Remanga**, donde el río se duerme bajo los toldos de suribios; allá, entre el rumor de los cañaverales, a las luces erráticas de los cocuyos, fermentaba, como una almáciga, el lodo fecundante de la vida.

Acá, en los corredores de la casa, junto a las resedas cultivadas por la muerta, rezaba paseándose **El Dotorcito**. Apoyóse un momento en la baranda a contemplar el cielo y a escuchar la noche. Sólo el caer de la cascada, en ese instante perceptible, turbaba el silencio. El alma del sacerdote se cernía. De pronto, como un reclamo de la tierra, oyó en la calle el choque de herraduras.

Era don Guillermo que llegaba.